

Belice, agarrada como un cáncer devorador al suelo de la patria.

Tal era la deplorable situación del país cuando el Venerable Padre Lector, Fray Manuel Martínez, llena su alma de aflicción, la más acerba, y como identificado con Jesús en su Pasión, llegó al ocaso de su vida.



CAPITULO XVI.

CONTINUACION DEL ANTERIOR, — MUERTE DEL VENERABLE PADRE.

BENDECIR debemos por todo, las siempre justas y misericordiosas disposiciones del Señor, en la vida y la muerte de los hombres. Era el 20 de Mayo de aquel funesto año de 1848, cuando los indios, llenos del orgullo de sus victorias y de su barbarie, llegaron en incontables turbas á cerrar en contorno de la ciudad de Izamal un sitio, dentro del que, había para la defensa, como unos mil hombres, desgraciadamente acaudillados por el Comandante D. José del Carmen Bello, que no era nativo de aquella ciudad, ni en manera alguna apto para los grandes y gloriosos hechos que debían emplearse en la salvación del honor, de la justicia y de la vida en aquellas críticas circunstancias. Izamal es una plaza verdaderamente militar, sobremanera fuerte, porque á más del elevado atrio parroquial y su pórtico que constituye una fortaleza, existen todas las demás colinas artificiales, que no solo dan á la ciudad un carácter de majestad histórica,

sino que con mil hombres y la artillería que allí había mandado colocar el General en jefe desde Mérida, se podía defender perfectamente contra la muchedumbre de indios que le asediaba. Todos los elementos necesarios para la defensa y aun para la persecución del enemigo se habían conducido á la ciudad, y las tropas que existían en las poblaciones inmediatas al Oeste y al Norte, podían y debían obrar de acuerdo para dar en Izamal una seria y aun decisiva lección á los sublevados, y desde allí comenzar á reconquistar todo lo que se había perdido en las regiones del Oriente. Mas por una parte, la ineptud del Comandante Bello, de tristísimo recuerdo, y por otra, las pasiones políticas que dividían los ánimos de los jefes, contribuyó grandemente á que los mismos medios de salvación para la patria, fueran instrumentos de la ira de Dios en contra de ella para su castigo.

El Sr. Bello dispuso, de acuerdo con otros jefes subalternos, á los diez días del sitio, levantar el campo saliendo por el camino de Tekantó, que se observaba libre y abandonar la ciudad á merced de los invasores. Dióse un aviso á las familias que quedaban aun en la ciudad, para que entre las filas de las tropas seliesen á la media noche del 29 de Mayo para amanecer del 30, con dirección á la capital por el camino indicado.

El Venerable Padre Lector no pensaba salir: había-se determinado á permanecer en su iglesia como el único guardián de ella y de toda la ciudad desolada cuando saliesen la guarnición y el resto de los moradores, abandonándose á la voluntad del Señor, cuando los bárbaros penetrasen á tomar posesión de la histórica ciudad, que sus mismos defensores tan imprudentemente les dejaban. Pero fuéle notificado que era una orden terminante de la Comandancia la de salir, siendo por consiguiente un deber; y, como además, le decían todos que no era prudencia quedar expuesto sin necesidad ni razón alguna plausible al furor de los bárbaros, dando más fuerza á

estos razonamientos las vivas instancias que todos le hacían como hijos á su padre para que les acompañase en la dolorosa emigración, hubo al fin de condescender. Tomó, pues, cerca de la media noche un Crucifijo y su breviario, y cubriéndose con un sombrero, presentóse con las familias en medio de las columnas de las tropas que emprendían silenciosamente su fuga. Por más que le instaron y rogaron, no quiso aceptar el caballo que le ofrecían, pues como ya sabemos, sólo había usado de cabalgadura, de carruaje ó de otro vehículo, cuando era de todo punto imposible viajar á pié. ¡Ah! qué cuadro aquel tan triste de un pueblo, que emigrando en masa de sus hogares, de sus templos y de los sepulcros de sus padres, sale en la oscuridad de la noche y mira poco después brillar siniestramente delante de sus ojos sobre los campos, el fatídico reflejo de la inmensa llama en que se abrasa la ciudad de que acaba de salir!... Los gemidos y los suspiros ahogaban á aquella desolada caravana, en medio de la cual, el Venerable Padre Lector representaba al vivo al santo Jeremías en medio de los hijos de Jerusalén, cuando abandonando su ciudad, presa de los babilonios, emigraban para otros países, llevando transido el corazón de dolor, y viendo cumplirse á la letra todas las predicciones de este varón de Dios.

Como unas tres millas de la abandonada ciudad de Izamal, allá por un lugar llamado Kantoilá, el Venerable Padre cayó en tierra al tropezar de repente su desnudo pié con una angulosa piedra; y como el Salvador del mundo bajo el peso de la Cruz, golpeóse el cuerpo todo al caer sobre las piedras; abriéndosele una gran herida en una pierna de que brotaba un arroyo de sangre. Ni aun con esto quería aceptar la cabalgadura que con ruegos le ofrecían; pero todos cuantos le rodeaban le instaron más y más, haciéndole, por decirlo así, una filial y amorosa violencia, de suerte que hubo de deferir, y montó el caballo que hasta entonces había

servido al Sr. D. Yanuario López, continuando de este modo aquel camino de amargura.

Amanecióles en el pueblo de Tekantó,¹ y como ya el Venerable Padre estaba con fiebre á consecuencia de la caída y de la herida, hubo de continuar su viaje para Mérida en una camilla entoldada.

En los primeros días de Junio, llegó á Mérida, después de muchos años de no venir á ella, llegando á su antiguo convento de la Mejorada; y cuando se sintió un poco aliviado de la enfermedad, se dirigió al Palacio Episcopal á presentarse al Ilmo. Sr. Dr. D. José María Guerra, no solo como á su Obispo, sino como al Superior de su Orden. Nunca se olvidó en Palacio aquella entrevista de dos tan grandes personajes. El Venerable Lector parecía la misma persona del Seráfico San Francisco de Asís, demacrado por la penitencia y por la palpitante aflicción de su espíritu, y sellado con los golpes y heridas como el Mártir sacrosanto del Gólgota. Alto, blanco y

¹ Continuaron su marcha precipitada á la capital, (los jefes y tropas á cuyo abrigo iban las familias), dice el Sr. Baqueiro, dejando en Tekantó un acopio abundante de víveres que ordenaron les fuese llevado á Cacalchén, aunque por otra parte, no se acordaron de dejar á los vecinos una fuerza para su custodia. El pueblo (de Tekantó) quedó enteramente abandonado; una inmensa multitud de indios (pacíficos) de las inmediaciones, bajados para la conducción de los víveres referidos á Izamal, quedaron en la audiencia, sin saber qué hacer, ni de quién recibir instrucciones, hasta que viendo esto el Cura (el Pbro. D. Eulalio Díaz, hoy Cura de Temax), hizo cargar las provisiones, y salió con ellos para Cacalchén. Los indios lo siguieron, no solo con resignación, sino conmovidos por aquellos acontecimientos, y por cuyo motivo le decían: "Hasta dónde iremos á parar, señor?" El Cura les prodigaba palabras consoladoras, y las familias del tránsito se les incorporaban, creyendo tener garantías á la sombra de aquel grupo pacífico. Los indios de las mismas poblaciones que no podían seguirlos, por muy ancianos ó por enfermos, salían á las puertas de sus casas á despedirse de aquella multitud, como si ya no se volviesen á ver, y tendiendo las manos al Cura, pedíanle con lágrimas la bendición. ¡Qué época! ¡Época terrible que no puede recordarse sin dolor!"

D. Serapio Baqueiro. Ensayo sobre las revoluciones de Yucatán. Tomo I. Capítulo X.

enjuto, cubierto hasta la cabeza con la capucha monástica, cruzados los brazos sobre el pecho, metidas las manos en los anchos manguillos, y sólo desnudos los piés y el rostro, acercóse al Prelado, ante el cual se inclinó profundamente y besó el sagrado anillo, conmoviendo á todas las familias y circunstantes en sentimientos de profunda veneración y poderosa simpatía por aquel hombre apostólico, ante el cual el Sr. Obispo se puso en pié, recibéndole con la atención y el respeto que un santo excita con mayor fuerza en los corazones más levantados, grandes y generosos.

El franciscano pidió al sucesor de los apóstoles su bendición para emprender un largo viaje que se proponía dar, toda vez que por voluntad del cielo, el furioso embate de la guerra le había sacado del lugar en que creía morir como anacoreta. ¡Aquel viaje era el viaje de la eternidad!

Dióselo el Pastor, y él se volvió á la Mejorada á seguirse preparando para aquel viaje, al cual se había venido disponiendo por todo el discurso de su vida.

A los tres meses, en la madrugada del 29 de Agosto del mismo año (1848), devorado de una consunción irresistible, después de haber recibido los últimos sacramentos, humildemente echado en la dura tierra, fijos los ojos en la Inmaculada Virgen María, y estrechado con la imagen de Nuestro Señor Jesucristo Crucificado, espiró dulcemente.

El día 28 de Agosto, que fué el último de la vida de este Venerable Padre, pues como acabamos de indicar, se adormió en el Señor antes que brillara el sol del 29 de aquel mes, era justamente el de la festividad del águila de los ingenios, del gran Padre y egregio Doctor de la Iglesia, S. Agustín, cuya preciosa vida acabó en dicho día del año 430, en circunstancias enteramente iguales á las de nuestro Venerable franciscano. Porque si éste, como sacerdote y como yucateco, moría con la aflicción pro-

funda de ver que las hordas de los indios insurrectos y apóstatas de la fe católica, venían como en pos de él, acercándose hasta las puertas de la capital, y arrasando á fuego y sangre todas las poblaciones de la Península, aquel grande Santo, probado de Dios en el crisol encendido de los sufrimientos, había visto á Genserico llevar á los vándalos sobre el Africa, en tales términos, que después de sembrar por donde quiera la desolación y la muerte, la deshonra y la herejía arriana, pusieron sitio á Hipona, ciudad prelatia del Santo Obispo, quien acometido entonces de la última enfermedad, espiró á los tres meses del asedio, en edad más que septuagenaria, lleno de las amarguras de la vida en la tierra, para ir á gustar mejor las eternas delicias de la que se goza en el cielo.

Estas coincidencias no son en manera alguna casuales: ellas son preparadas y conducidas por el dedo de Dios para grandiosos fines de prodigiosa misericordia y de infinito amor. ¡Cuánto, pues, no se compararía el cenovita yucateco con el monje-obispo, á quien conmemoraba la Iglesia en aquel día que era el postrero de su peregrinación en la tierra! ¡Con cuántas veras no imploraría el divino auxilio por la intercesión de aquel mismo tan grande Santo, nada menos que víctima en su agonía de los vándalos, como éste en la suya de los indios bárbaros, y nada menos que fundador y legislador de la vida monástica al par de los Benitos, de los Antonios y de otros Padres de los primeros siglos del Cristianismo, á quienes siguió San Francisco de Asís, de quien nuestro moribundo era hijo fidelísimo!

El Señor le trajo á terminar su santa y dolorosa vida en medio de las más grandes penas y angustias sociales, en aquel mismo convento de la Mejorada, en que, siendo apenas de quince años, había recibido el sagrado Hábito á que fué siempre fiel. Vivió sesenta años, de los que pasó cuarenta y cinco en la Orden Religiosa, y veinticinco de éstos en Izamal.

Los hijos de esta ciudad, que se encontraban en gran número transmigrados á la de Mérida, rodearon el santo cadáver de su apóstol y de su padre, le bañaron con sus lágrimas y le embalsamaron con el perfume de las flores de que le cubrieron ² Veláronle todo el día hasta la tarde, en que, después de las honras fúnebres, celebradas en la propia iglesia del convento, le dieron sepultura en el panteón subterráneo de la sacristía, cubierto con una gran piedra, con argollas de fierro, para poderle abrir y cerrar.

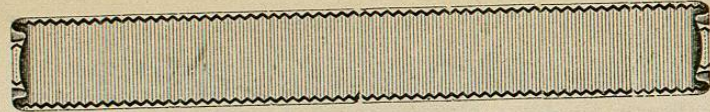
Ya lo hemos visto: toda la vida de este Venerable Padre, fué de santidad perfecta; y, si en el vulgo ha solido contarse, como para realzar su virtud, que antes había tenido, con un carácter naturalmente alegre y disipado, una época de relajación, de que se había corregido después de una riña en una turba de tahures de que diz que se acompañaba, convirtiéndose á Dios sinceramente, como de no pocos grandes Santos refiere ciertamente la historia; ésta no es más que una fábula ó conseja con respecto al Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento. En efecto, él desde su tierna infancia hasta su muerte, acaecida á la edad de sesenta años, fué siempre fiel á la gracia del Señor, como se ve por el testimonio irrecusable de todos los documentos y de la viva voz de

² En una carta que tenemos á la vista, procedente de testigo ocular, como lo es el Sr. Cura D. Cosme M. Bobadilla, que vive, y es izamaleño, dice estas palabras: "Las honras fúnebres del Venerable Padre Lector Fr. Manuel Martínez, se verificaron en la iglesia del Convento (de la Mejorada), de cuatro á cinco de la tarde, y tuve la dicha de asistir á ellas siendo niño, en cuyo acto ví el templo henchido de gente, y el santo cadáver en una mesa, circundado de flores, por los concurrentes, los mismos que al sepultarlo se precipitaron, á porfía, á besarle los piés, tomando cada uno de aquellas flores, con la misma devoción que se acostumbra con los Santos. Concluído el acto de la sepultura, se siguieron voces laudatorias mezcladas con lamentos de los izamaleños, especialmente de los que fueron hijos espirituales del difunto Padre, y entre ellos algunos decían, que al día siguiente, hasta el tercero, se había oído un canto angelical entonando el *Gloria in excelsis Deo* en el lugar de la sepultura."

testigos que aun viven, auricolares unos y oculares otros, que deponen respecto de él.

Entendemos que dió ocasión á la fábula indicada, el hecho de haber observado la generalidad de las gentes en el país, la relajación de una parte de los franciscanos cuando existían muchos, y como después ya no había en toda la ciudad de Izamal, sino sólo el Venerable Padre Martínez, de todos reconocido y celebrado por su incuestionable santidad, fácil cosa fué en el vulgo de la mencionada ciudad, confundir con él la personalidad colectiva de los malos frailes pasados, y acabar por tener como un hecho real y efectivo, que él mismo era individualmente quien antes había sido malo, y después convertido en un raro prodigio de verdadera santidad.

Máxima es de verdad eterna, que por lo común, como se vive se muere. Nuestro Venerable Padre Fray Manuel Martínez, vivió siempre santo y santamente murió. Por eso es para nosotros indudable, que tan pronto como el soplo de la muerte elevó su espíritu á las regiones celestiales, y hundió su cuerpo en el seno de la tierra, el ángel de la guarda del dichoso finado se puso de rodillas sobre ésta, sosteniendo con una mano la cruz, como el símbolo de la fe viva y de los padecimientos del mismo, y con la otra el libro de todas las acciones laudables y meritorias de su penitente vida, pidiendo al Señor que le otorgue el merecido premio de sus inmortales triunfos.



CAPITULO XVII.

DE LA COMPLETA DESAPARICIÓN EN YUCATÁN DE LA
ORDEN FRANCISCANA.



A historia de la Orden Franciscana en Yucatán, después de la muerte del Venerable Padre Fray Manuel Martínez del Sacramento, es ya sólo de su completa desaparición.

Restablecido el Noviciado de la manera que hemos referido en el capítulo XIV, y restaurada con esto la Orden, sólo produjo en diez años, esto es, de 1840 á 1850, siete profesos, que fueron los Padres Fray Alvino Valencia, Fray Juan Herculano del Valle y Fray José Florencio Seron en 1840; Fray José Gregorio Gala en 1842; Fray José Antonio de los Dolores Maldonado en 1843, y en fin, Fray Manuel Antonio Peralta y Fray Miguel Garma en 1850.

No obstante los terribles castigos del cielo, la impiedad revolucionaria continuó derramando su maligno influjo, bajo el título de principios liberales ó masónicos, que es lo mismo; y en lugar de que la sociedad agradeciera á Dios el haberle salvado de la más inminente ruina (por medio de los tesoros de la Iglesia, que entregó generosamente el Ilmo. Sr. Obispo para que se llevaran á Norte-